

CUESTIONES DE ACTUALIDAD

LA MEDICINA VETERINARIA Y LA HIGIENE HUMANA

Traducimos a continuación, tomándolo del número de *La presse medicale* correspondiente al 28 de mayo de 1932 un interesante artículo de J. Legendre en que se trata un asunto de grande actualidad.

Gran número de enfermedades parasitarias o bacterianas del hombre, y de las más graves, le son transmitidas a éste por intermedio de los animales domésticos.

La tenia inerme del buey, la tenia solitaria del cerdo, la tenia equinococa del cordero, para no citar más de estos vermes, pasan al hombre por el consumo de la carne de tales animales.

El hombre ingiere por intermedio de la leche o del queso de cabra o de oveja, el germen de la *melitococcia* o fiebre ondulante. De los países mediterráneos, de los que parecía originaria, la fiebre llamada de Malta ha seguido hacia el Este y el Norte de Europa y se halla ya difundida en países de tan severa reglamentación sanitaria como Alemania y Suecia; de mediterránea que era, se ha convertido, pues, en europea y hasta en americana, y bien pronto será asiática y oceano-índica, llevada a todas partes por las cabras infectadas, por el melitococo de Bruce, o por bo-

vídeos portadores del bacilo de Bang (melitococo bovino) agente del aborto epizoótico de las vacas. Tienen las enfermedades, dicho sea de paso, agentes maravillosos de expansión: los trenes expresos, los paquebotes rápidos que aceleran el viaje de los microbios alrededor del mundo, llevados de sitios en donde los hay a regiones en donde no habían existido antes.

Parece que el mundo no se haya dado cuenta perfecta todavía de cómo los transportes rápidos, verificados hoy por medio de trenes, aviones o motonaves de gran velocidad, son los más activos factores en la propagación de enfermedades sin cuento; de cómo esos medios diseminan y multiplican los gérmenes de las más peligrosas dolencias, bien sea llevando a hombres de otras latitudes virus humanos (enfermedad del sueño, fiebre palúdica) o virus animales igualmente peligrosos (peste, tripanosomiasis y otras parasitosis animales). Nadie ha caído en la cuenta aún de que numerosos y nuevos focos de tripanosomiasis humana, de paludismo, de fiebre, de cólera, de fiebre amarilla y de tuberculosis, han surgido por viajes rápidos y renovados de hombres y de animales portadores de los gérmenes de esas enfermedades. El mundo no piensa en eso y, cuando más, se inquieta cuando esos focos aparecen. Actualmente el mundo científico está pendiente del descubrimiento de enormes focos de tripanosomiasis humana en el África occidental francesa, focos de los que algunos eran viejos, pero de los que la gran mayoría son recientes, y que habían permanecido ignorados porque las poblaciones indígenas atacadas no los habían revelado o porque los escasos médicos existentes en esas regiones carecían de los medios indispensables para hacer un diagnóstico exacto. Toda chalupa, todo camión, todo tren que pase por un sitio determinado es un peligro porque puede ser conductor de millones de centillones de microbios patógenos.

Había dicho ya el grave peligro de la fiebre ondulante. No lo es menos el de que las vacas lecheras pueden transmitir también la fiebre aftosa, lo que equivale a una muerte terrible para muchas criaturas.

Rica en bacilos de Koch, la leche de vacas atacadas de mastitis tuberculosa o de tuberculosis generalizada, si se consume cruda, constituye un gravísimo peligro, renovado diariamente, para quienes gustan de la leche. La medida de este peligro está demostrada por la frecuencia de la tuberculosis en los establos: hay

algunos que cuentan con un 50 y hasta un 70% de vacas tuberculosas y como la leche de todas se mezcla, la leche que se da al consumo en casi todas partes es leche plagada de bacilos tuberculosos. Felizmente, se ha establecido en la mayor parte de los países la costumbre de pasteurizar la leche, lo que limita considerablemente los riesgos que se corren el tomar leche. Y no se diga que el bacilo tuberculoso de origen bovino no es patógeno para la especie humana: investigaciones muy escrupulosas llevadas a cabo recientemente en Alemania y en Inglaterra pusieron de presente que casi todos los tuberculosos existentes en los sanatorios de esos países tenían una tuberculosis originada por bacilos de tipo bovino, o sea que habían contraído la enfermedad debido a la ingestión de leche, mantequilla o queso.

Además de la leche, la carne de la mayor parte de los animales es también en extremo peligrosa. Los cerdos, las cabras, los bovidos atacados de tuberculosis pueden transmitirla el hombre por medio de su carne cuando ésta no ha sido sometida a una cocción suficiente para matar los gérmenes.

El perro con rabia que recorre las calles, es otro peligro gravísimo. Felizmente el descubrimiento de Pasteur ha reducido considerablemente ese peligro.

Y no digamos nada del *muermo*, enfermedad terrible del caballo y casi espontánea en la especie equina, que pasa también al hombre con extrema facilidad.

En el África ecuatorial y central los animales salvajes son a menudo depósitos del virus de la enfermedad del sueño. No es raro que la sangre de los antílopes y de los monos contenga tripanosomas gambianos o rodesianos. Las moscas, además, pueden extraerlo de la sangre de esos animales, al hacer en ellos su diaria comida de sangre, y luégo transmitirlo al hombre con una simple picadura.

Todo lo anterior demuestra cómo el hombre, en lo que hace a la preservación de su salud y de su vida, es tributario de la vigilancia que ejercen los médicos veterinarios. El público, y aún el público médico, no se ha dado cuenta todavía de la importancia capital de la medicina veterinaria y del trascendental papel que corresponde al médico veterinario.

Las funciones que el médico veterinario desempeña en favor de la especie humana son numerosísimas.

Hace él la escogencia de las terneras productoras de la vacuna antivariólica.

Observa él los perros sospechosos de rabia, los hace sacrificar si es el caso y dicta medidas que evitan la propagación de la enfermedad a las personas.

Ejerce él en los establos un control sanitario de importancia capital para evitar que pasen al hombre algunas enfermedades del ganado.

Inspecciona él las lanas y los productos animales para evitar esos mismos contagios.

Decomisa él, en los mataderos, las carnes insalubres.

Vigila él, en las fronteras, para que no entren al país animales portadores de enfermedades no extendidas en ese país.

Pero no es necesario que me extienda más. Basta lo dicho para comprender la importancia de la medicina veterinaria y para que las personas que de estas verdades se empapen, lamenten—como lamento yo—el que no exista un mayor número de médicos veterinarios.

De existir un buen número de estos abnegados servidores sería menor el número de las enfermedades que diariamente nos aquejan.

Que vengan más médicos veterinarios aunque vengan menos médicos humanos. Ya de los últimos tenemos demasiados: basta decir que hasta estamos exportando ese artículo.

J. LEGENDRE
